

VIDA Y HECHOS

PERIQUILLO SARNIENTO

PARA SUS HIJOS

CAPITULO I

VIDA Y HECHOS.

DE

PERIQUILLO SARNIENTO

ESCRITA POR ÉL

PARA SUS HIJOS

CAPITULO I.

Relato Periquillo su buena conducta en Manila, el duelo entre un inglés y un negro, y una discucioncilla no despreciable.

Experimentamos los hombres unas mutaciones morales en nosotros mismos de cuando en cuando, que tal vez no acertamos á adivinar su origen, así como en lo físico palpamos muchos defectos en la naturaleza y no sabemos la causa que los produce, como sucede hasta hoy con la virtud atractiva del imán y con la eléctrica: por

eso dijo el poeta que era feliz quien no podía conocer la causa de las cosas.

Pero así como aprovechamos los efectos de los fenómenos físicos sin mas averiguacion, así yo aproveché en Manila el resultado de mi fenómeno moral, sin meterme por entonces en inculcar su origen.

El caso fué, que ya por verme distante de mi patria, ya por libertarme de las incomodidades que me acarrearía el servicio en la tropa por ocho años, à que me sujetaba mi condena; ó ya por el famoso tratamiento que me daba el coronel, que sería lo mas cierto, yo procuré corresponder á sus confianzas, y fui en Manila un hombre de bien à toda prueba.

Cada dia merecia al coronel mas amor y mas confianza, y tanta llegué á lograr, que yo era el que corria con todos sus intereses, y los giraba segun queria; pero supe darme tan buenas trazas que léjos de disiparlos, como se debía esperar de mí, los aumenté considerablemente comerciando en cuanto podia con seguridad.

Mi coronel sabia mis industrias; mas como veia que yo no aprovechaba nada para mí, y antes bien tenia sobre la mesa un libro que hice y titulé: «Cuaderno económico donde consta el estado de los haberes de mi amo,» se complacia en ello y cacareaba la honradez de su hijo. Así me llamaba este buen hombre.

Como los sujetos principales de Manila veian el trato que me daba el coronel, la confianza que hacia de mí y el cariño que me dispensaba, todos los que apreciaban su amistad me distinguian

estimaban en mas que á un simple asistente, y este mismo aprecio que yo lograba entre las personas decentes era un freno que me contenia para no dar que decir en aquella ciudad. Tan cierto es que el amor propio bien ordenado no es un vicio, sino un principio de virtud.

Como mi vida fué arreglada en aquellos ocho años, no me acaecieron aventuras peligrosas ni que merezcan referirse. Ya os he dicho que el hombre de bien tiene pocas desgracias que contar. Sin embargo, presencié algunos lancecillos no comunes. Uno de ellos fué el siguiente.

Un año, que con ocasion de comercio habian pasado del puerto á la ciudad algunos extranjeros, iba por una calle un comerciante rico, pero negro. Debía de ser su negocio muy importante, porque iba demasiado violento y distraido, y en su precipitada carrera no pudo excusarse de darle un encuentro á un oficial inglés que iba cortejando á una criollita principal; pero el encuentro ó atropellamiento fué tan recio, que á no sostenerlo la manileña, va á dar al suelo mal de su grado. Con todo eso, del esquinazo que llevó se le cayó el sombrero y se le descompuso el peinado.

No fué bastante la vanidad del oficialito á resistir tamaña pesadumbre, sino que inmediatamente corrió hácia el negro tirando de la espada. El pobre negro se sorprendió, porque no llevaba armas, y quizá creyó que allí llegaba el término de sus dias. La señorita y otros que acompañaban al oficial, lo contuvieron, aunque él no cesaba de echar bravatas en las que mezclaba mil protestas de vindicar su honor ultrajado por un negro.

Tanto negreó y vilipendió al inculpable moreno, que éste le dijo en lengua inglesa: Señor, callamos, mañana espero á vd. para darle satisfaccion con una pistola en el Parque. El oficial contestó aceptando, y se serenó la cosa ó pareció serenarse.

Yo que presencié el pasage y medio entendia algo del inglés, como supe la hora y el lugar señalado para el duelo, tuve cuidado de estar puntual allí mismo por ver en qué paraban.

En efecto, al tiempo aplazado llegaron ambos, cada uno con un amigo que nombraba padrino. Luego que se reconocieron, el negro sacó dos pistolas y presentándoselas al oficial le dijo: Señor, yo ayer no traté de ofender el honor de vd.; el atropellarlo fué una casualidad imprevista: vd. se cansó de maltratarme, y aun queria herirme ó matarme; yo no tenia armas con que defenderme de la fuerza en el instante del enojo de vd. y conociendo que el emplazarlo á un duelo seria el medio mas pronto para detenerlo y dar lugar á que se serenara, lo verifiqué y vine ahora á darle satisfaccion con una pistola como le dije.

Pues bien, dijo el inglés: despachemos, que aunque no me es licito ni decente el medir mi valor con un negro, sin embargo, seguro de castigar á un villano osado, acepté el desafio. Reconozcamos las pistolas.

Está bien, dijo el negro; pero sepa vd. que el que ayer no trató de ofenderlo, tampoco ha venido hoy á este lugar con tal designio. El empeñarse un hombre de la clase de vd. en morir ó quitar la vida á otro hombre por una vagatela

semejante, me parece que léjos de ser honor es capricho, como lo es sin duda el tenerse por agraviado por una casualidad imprevista; pero si la satisfaccion que he dado á vd. no vale nada, y es preciso que sea muriendo ó matando, yo no quiero ser reo de un asesinato, ni exponerme á morir sin delito, como debe suceder si vj. me acierta ó yo le acierto el tiro. Así pues sin rehusar el desafio, quede bien el mas afortunado, y la suerte decida en favor del que tuviere justicia. Tome vd. las pistolas: una de ella está cargada con dos balas, y la otra está vacia; barájelas vd. con dos balas, y la otra está vacia; barájelas vd. revuélvalas, deme la que quiera, portamos, y quede la ventaja por quien quedare.

El oficial se sorprendió con tal propuesta: los testigos decian que este no era el orden de los duelos: que ambos debian reñir con armas iguales, y otras cosas que no convenian á nuestro negro, pues él insistia en que así debía verificarse el duelo para tener el consuelo de que si mataba á su contrario, el cielo lo ordenaba ó lo favorecia para ello especialmente; y si moria era sin culpa, sino por la disposicion del acaso como pudiera en un naufragio. A esto añadia: que pues el partido no era ventajoso á nadie, pues ninguno de los dos sabia á quien le tocaria la pistola descargada, el rehusar tal propuesta, no podia menos que deber atribuirse á cobardia.

No bien oyó esta palabra el ardiente jóven cuando sin hacer aprecio de las reflexiones de los testigos, barajó las pistolas, y tomando la que le pareció, dió la otra al negro.

Volviéronse ámbos las espaldas, anduvieron un

corto trecho, y dándose las caras al descubrir disparó el oficial al negro, pero sin fruto, porque él se escogió la pistola vacía.

Se quedó aturdido en el lance creyendo con todos los testigos ser víctima indefensa de la cólera del negro; pero éste con la mayor generosidad le dijo: señor, los dos hemos quedado bien; el duelo se ha concluido: vd. no ha podido hacer mas que aceptarlo con las condiciones que puse, y yo tampoco pude hacer sino lo mismo. El tirar ó no tirar pende de mi arbitrio; pero si jamás quise ofender á vd. ¿cómo he de querer ahora viéndolo desarmado? Seamos amigos, si vd. quiere darse por satisfecho; pero si no puede estarlo sino con mi sangre, tome la pistola con balas y diríjelas á mi pecho.

Diciendo esto, le presentó la arma horrible al oficial, quien conmovido con semejante generosidad, tomó la pistola, la descargó en el aire, y arrojándose al negro con los brazos abiertos, lo estrechó en ellos diciéndole con la mayor ternura: Si, mister, somos amigos y lo seremos eternamente: dispensad mi vanidad y mi locura. Nunca creí que los negros fueran capaces de tener almas tan grandes. Es preocupacion que aun tiene muchos sectarios, dijo el negro, quien abrazó al oficial con toda expresion.

Cuantos presenciámos el lance nos interesámos en que se confirmara aquella nueva amistad, y yo que era el menos conocido de ellos, no tuve embarazo para ofrecerme por amigo, suplicándoles me recibieran en tercio, y aceptaran el agasajo que queria hacerles llevándolos á tomar un ponche ó una sangría en el café mas inmediato.

Agradecieron todos mi obsequio, y fuimos al café, donde mandé poner un buen refresco. Tomamos alegremente lo que apotecimos, y yo deseando oír producir al negro, les dije: señores, para mí fué un enigma la última expresion que vd. dijo, de que jamás creyó que los negros fueran capaces de tener almas generosas, y la que vd. contestó á ella diciendo, que era preocupacion tal modo de pensar, y cierto que yo hasta hoy he pensado como mi capitán, y apreciara aprender de la boca de vd. las razones fundamentales que tiene para asegurar que es preocupacion tal pensamiento.

Yo siento, dijo el prudente negro, verme comprometido entre el respeto y la gratitud. Ya sabe vd. que toda conversacion que incluya alguna comparacion, es odiosa. Para hablar á vd. claramente, es menester comparar, y entónces quizá se enojará mi buen amigo, el señor oficial, y en tal caso me comprometo con él; si no satisfago el gusto de vd. falto á la gratitud que debo á su amistad, y así . . .

No, no, mister, dijo el oficial: yo deseo no solo complacer á vd. y hacerle ver que si tengo preocupaciones no soy indócil, sino que aprecio salir de cuantas pueda; y tambien quiero que estos señores tengan el gusto que quieren, de oír hablar á vd. sobre el asunto, y mucho mas me congratulo de que haya entre vd. y yo un tercero en discordia que ventile por mí esta cuestion.

Pues siendo así, dijo el negro, dirigiéndome la palabra: sepa vd. que el pensar que un negro es menos que un blanco generalmente, es una preo-

ocupacion opuesta á los principios de la razon, á la humanidad y á la virtud moral. Prescindo ahora de si está admitida por algunas religiones particulares, ó si la sostiene el comercio, la ambicion, la vanidad ó el despotismo.

Pero yo quiero que de vdes. el que se halle mas surtido de razones contrarias á esta proposicion, me argulla y me convenza si pudiere.

Sé y he leído algo de lo mucho que en este siglo han escrito plumas sabias y sensibles en favor de mi opinion; pero sé tambien que estas doctrinas se han quedado en meras teorías, porque en la práctica yo no hallo diferencia entre lo que hacian con los negros los europeos en el siglo XVII y lo que hacen hoy. Entonces la codicia acercaba á las playas de mis paisanos sus embarcaciones, que llenaban de éstos, ó por interes ó por fuerza; las hacian vomitar en sus puertos y traficaban indignamente con la sangre humana.

En la navegacion ¿cuál era el trato que nos daban? El mas soez é inhumano. Yo no quiero citar á vdes. historias que han escrito vuestros compatriotas, guiados de la verdad, porque supongo que las sabreis, y tambien por no estremecer vuestra sensibilidad; porque ¿quién oirá sin dolor que en cierta ocasion, por que lloraba en el navio el hijo de una negra infeliz, y con su inocente llanto quitaba el sueño al capitán, éste mandó que arrojaran al mar á aquella criatura desgraciada, como se verificó con escándalo de la naturaleza?

Si era en el servicio que hacian mis paisanos y

vuestros semejantes á los señores que los compraban, ¿qué pasage tenian? Nada mas cruel. Dígame la isla de Haití que hoy llaman Santo Domingo; dígame la de Cuba ó la Habana, donde con una calesa ó una golosina con que habilitaban á los esclavos, los obligaban á tributar á los amos en un tanto diario fijamente como en rédito del dinero que se habia dado por ellos. Y si los negros no lograban fletes suficientes ¿qué sufrían? Azotes. Y las negras ¿qué hacian cuando no podian vender sus golosinas? Prostituirse. ¿Ouevas de la Habana! ¿Paseos de Guanabacoa! hablad por mí.

¿Y si aquellas negras resultaban con el fruto de su lubricidad ó necesidad en las casas de sus amos, qué se hacia? Nada: recibir con gusto el resultado del crimen, como que de él se aprovechaban los amos en otro esclavito mas.

Lo peor es que para el caso, lo mismo que en la Habana se hacia á proporcion en todas partes, y yo en el dia no advierto diferencia en la materia entre aquel siglo y el presente. Crueldades, desacatos é injurias contra la humildad se cometieron entonces: é injurias, desacatos y crueldades se cometen hoy contra la misma, bajo iguales pretextos.

«La humanidad, dice el célebre Buffon, grita
«contra estos odiosos tratamientos que ha in-
«troducido la codicia, y que acaso renovaria to-
«dos los dias, si nuestras leyes poniendo freno á
«la brutalidad de los amos no hubieran cuidado
«de hacer algo menor la miseria de sus esclavos;
«se les hace trabajar mucho, y se les da de comer

" poco, aun de los alimentos mas ordinarios, dan-
 " do por motivo que los negros toleran fácilmente
 " el hambre, que con la porción que necesita un
 " ropero para una comida tienen ellos bastante para
 " tres dias, y que por poco que coman y duerman,
 " están siempre igualmente robustos y con igua-
 " les fuerzas para el trabajo. ¡Pero cómo unos
 " hombres que tengan algun resto de sentimiento
 " de humanidad, pueden adoptar tan crueles má-
 " ximas, erigirlas en preocupaciones, y pretender
 " justificar con ellas los horribles excesos á que la
 " sed del oro los conduce! Dejémonos de tan bár-
 " baros hombres. . . . "

Es verdad que los gobiernos cultos han repug-
 nado este ilícito y descarado comercio, y sin li-
 songear á España, el suyo ha sido de los mas
 opuestos. Vd. (me dijo el negro) vd. como espa-
 ñol sabrá muy bien las restricciones que sus reyes
 han puesto en este tráfico, y sabrá las ordenan-
 zas que sobre el tratamiento de esclavos mandó
 observar Carlos III; pero todo esto no ha basta-
 do á que sobresea en un comercio tan impuro. No
 me admira: este es uno de los gages de la codicia.
 ¡Qué no hará el hombre, qué crimen no cometerá
 cuando trata de satisfacer esta pasión! Lo que
 me admira y me escandaliza es ver estos comer-
 cios tolerados, y estos malos tratamientos consen-
 tidos en aquellas naciones, donde dicen reina la
 religion de la paz, y en aquellas en que se reco-
 mienda el amor del semejante como el propio del
 individuo. Yo deseo, señores, que me descifreis
 este enigma. ¡Cómo cumpliré bien los preceptos
 de aquella religion que me obliga á amar al pró-

jimo como á mí mismo, y á no hacer á nadie el
 daño que repugno, comprando por un vil interés
 á un pobre negro, haciéndole esclavo de servicio,
 obligándolo á tributarme á fuer de un amo tira-
 no, descuidándome de su felicidad, y acaso de su
 subsistencia, y tratándolo, á veces, quizá poco
 menos que bestia! Yo no sé, repito, cómo cum-
 pliré en medio de estas iniquidades con aquellas
 santas obligaciones. Si vdes. saben como se concier-
 ta todo esto, es agradeceré me lo enseñeis, por si
 algun dia se me antojare ser cristiano y comprar
 negros como si fueran caballos. Lo peor es que sé
 por datos ciertos que hablar con esta claridad no
 suéle permitir á los cristianos por razones que lla-
 man de estado ó que sé yo: lo cierto es que si es-
 to fuere así, jamás me aficionaré á tal religion;
 pero creo que son calumnias de los que no la ape-
 tecen.

Sentado esto, he de concluir con que el mal tra-
 tamiento, el rigor y desprecio con que se han vi-
 sto y se ven los negros no reconoce otro origen
 que la altanería de los blancos, y ésta consiste en
 creerlos inferiores por su naturaleza, lo que como
 dije, es una vi-ja é irracional preocupación.

Todos vosotros los europeos no reconocéis si-
 no un hombre, principio y origen de los demás,
 á lo menos los cristianos no reconocen otro pro-
 genitor que Adán, del que, como un árbol robusto,
 descienden ó se derivan todas las generaciones
 del universo. Si esto es así, y lo creen y confie-
 san de buena fé, es preciso argüirles de necios
 cuando hacen distincion de las generaciones, solo
 porque se diferencian en colores, cuando esta va-

riedad es efecto ó del clima, ó de los alimentos, ó si quereis, de alguna propiedad que la sangre ha adquirido y ha transmitido á tal y tal posteridad por herencia. Cuando leéis que los negros desprecian á los blancos por serlo, no dudais de tenerlos por unos necios; pero jamás os juzgais con igual severidad cuando pensais de la misma manera que ellos.

Si el tener á los negros en menos es por sus costumbres, que llamais bárbaras, por su educacion bozal, y por su ninguna civilizacion europea, deberiais advertir que á cada nacion le parecen bárbaras é inciviles las costumbres ajenas. Un fino europeo será en el Senegal, en el Congo, Cabo Verde, etc. un bárbaro, pues ignorará aquellos ritos religiosos, aquellas leyes civiles, aquellas costumbres provinciales, y por fin aquellos idiomas. Transportad con el entendimiento á un sabio cortesano de Paris en medio de tales países, y lo vereis hecho un tronco, que apenas podrá á costa de mil señas, dar á entender que tiene hambre. Luego si cada religion tiene sus ritos, cada nacion sus leyes, y cada provincia sus costumbres, es un error crasísimo el calificar de necios y salvajes á cuantos no coinciden con nuestro modo de pensar, aun cuando este sea el mas ajustado á la naturaleza, pues si los demás ignoran estos requisitos por una ignorancia inculpable, no se les debe atribuir á delito.

Yo entiendo que el fondo del hombre está sembrado por igual de las semillas del vicio y de la virtud: su corazon es el terreno oportunamente dispuesto á que fructifique uno ú otra, segun su

inclinacion ó su educacion. En aquella influye el clima, los alimentos y la organizacion particular del individuo, y en ésta la religion, el gobierno, los usos patrios, y el mas ó menos cuidado de los padres. Luego nada hay que extrañar que varien tanto las naciones en sus costumbres, cuando son tan diversos sus climas, ritos, usos y gobiernos.

Por consiguiente, es un error calificar de bárbaros á los individuos de aquella ó aquellas naciones ó pueblos que no suscriben á nuestros usos, ó porque los ignoran, ó porque no los quieren admitir. Las costumbres mas sagradas de una nacion son tenidas por abusos en otras; y aun los pueblos mas cultos y civilizados de la Europa con el transcurso de los tiempos han desechado como ineptias mil envejecidas costumbres que veneraban como dogmas civiles.

De lo dicho se debe deducir, que despreciar á los negros por su color y por la diferencia de su religion y costumbres es un error; el maltratarlos por ello, crueldad; y el persuadirse á que no son capaces de tener almas grandes que sepan cultivar las virtudes morales, es una preocupacion demasiado crasa, como dije al señor oficial, y preocupacion de que os tiene harto desengañados la experiencia, pues entre vosotros han florecido negros sabios, negros valientes, justos, desinteresados, sensibles, agradecidos, y aun héroes admirables.

Calló el negro, y nosotros, no teniendo que responder, llamamos tambien, hasta que el oficial dijo: yo estoy convencido de esas verdades, mas por el ejemplo de vd. que por sus razones, y cree

desde hoy que los negros son tan hombres como los blancos, susceptibles de vicios y virtudes como nosotros, y sin mas distintivo accidental que el color, por el cual solamente no se debe en justicia calificar el interior del animal que piensa, ni menos apreciarlo ó abatirlo.

Iba á interrumpirse la tertulia cuando yo, que deseaba escuchar al negro todavía, llené los vasos, hice que brindáramos á la salud de nuestros semejantes los negros, y concluida esta agradable ceremonia dije al nuestro: Mr., es cierto que todos los hombres descendemos despues de la primera causa de un principio, creado, llámese Adán, ó como vd. quiera: es igualmente cierto, que según este natural principio, estamos todos ligados íntimamente con cierto parentesco ó conexión innegable, de modo que el emperador de Alemania, aunque no quiera, es pariente del mas vil ladron, y el rey de Francia lo es del último trapero de mi tierra, por mas que no se conozcan ni lo crean; ello es que todos los hombres somos deudos los unos de los otros, pues que en todos circula la sangre de nuestro progenitor, y conforme á esto es una preocupación como vd. dice, ó una quijotería el despreciar al negro por negro: una crueldad venderlo y comprarlo, y una tiranía indisimulable el maltratarlo.

Yo convengo en esto de buena gana, pues semejante trato es repugnante al hombre racional, mas limitando lo que vd. llama desprecio á cierto aire de señorío con que el rey mira á sus vasallos, el jefe á sus subalternos, el prelado á sus súbditos, el amo á sus criados, y el noble á los plebe-

ros, me parece que esto está muy bien puesto en el orden económico del mundo; porque si porque todos somos hijos de un padre y componemos una misma familia, nos tratamos de un mismo modo, seguramente perdidas las ideas de sumision, inferioridad y obediencia, el universo seria un caos en el que todos quisieran ser superiores, todos reyes, jueces, nobles y magistrados; y entonces ¿quién obedecería? ¿Quién daría las leyes? ¿Quién contendría al perverso con el temor del castigo? ¿Y quién pondría á cubierto la seguridad individual del ciudadano? Todo se confundiría, y las voces de igualdad y libertad fueran sinónimas de la anarquía y del desenfreno de todas las pasiones. Cada hombre se juzgara libre para erigirse en superior de los demás; la natural soberbia calificaria de justas las atrocidades de cada uno, y en este caso nadie se reconociera sujeto á ninguna religion, sometido á ningun gobierno, ni dependiente de ninguna ley, pues todos querrian ser legisladores y pontífices universales; y ya ve vd. que en esta triste hipótesis todos serian asesinatos, robos, estupro, sacrilegios y crímenes.

Pero por dicha nuestra, el hombre viendo des de los principios que tal estado de libertad brutal le era demasiado nociva, se sujetó por gusto y no por fuerza, admitió religiones y gobiernos, juró sus leyes, é inclinó su cerviz bajo el yugo de los reyes ó de los jefes de las repúblicas.

De esta sujecion dictada por un egoismo bien ordenado nacieron las diferencias de superiores ó inferiores que advertimos en todas las clases del estado, y en virtud de la justificación de esta al-

ternativa, no me parece violento que los amos traten á sus criados con autoridad, ni que estos los reconozcan con sumision, y siendo los negros esclavos unos criados adquiridos con un particular derecho en virtud del dinero que costaron es fácil concebir que deben vivir mas sujetos y obedientes á sus amos, y que en estos reside doble autoridad para mandarlos.

Callé, y me dijo el negro: español, yo no sé hablar con lisonga: vd. me dispense si le incomoda mi sinceridad; pero ha dicho algunas verdades que yo no he negado, y de ellas quiere deducir una conclusion que jamás concederé.

Es inconcuso que el orden gerárquico está bien establecido en el mundo, y entre los negros y los que llamais salvages hay alguna especie de sociedad, la cual aun quando esté sembrada de mil errores lo mismo que sus religiones, prueba que en aquel estado de barbarie tienen aquellos hombres alguna idea de la Divinidad y de la necesidad de vivir dependientes, que es lo que vosotros los europeos llamais vivir en sociedad.

Segun esto, es preciso que reconozcan superior y se sujeten á algunas leyes. La naturaleza y la fortuna misma dictan cierta clase de subordinaciones á los unos, y confieren cierta autoridad á los otros; y así ¿en qué nacion por bárbara que sea, no se reconoce el padre autorizado para mandar al hijo, y este constituido en la obligacion de obedecerlo? Yo no he oido decir de una sola que esté excluida de estos innatos sentimientos.

Los mismos tiene el hombre respecto de su mujer, y ésta de su marido: el amo respecto de su

criado: el señor respecto de sus vasallos, éstos de aquellos, y así de todos.

¿X en qué nacion ó pueblo, de los que llaman salvages, vuelvo á decir, dejarán los hombres de estar ligados entre sí con alguna de estas conexiones? En ninguno, porque en todos hay hombres y mujeres, hijos y padres, viejos y mozos. Luego pensar que hay algun pueblo en el mundo donde los hombres vivan en una absoluta independencia, y disfruten una libertad tan brutal que cada uno obre segun su antojo, sin el mas mínimo respeto ni subordinacion á otro hombre, es pensar una quimera, pues no solo no ha habido tal nacion, mientan como quieran los viajeros, pero ni la pudiera haber, porque el hombre siempre soberbio, no aspiraria sino á satisfacer sus pasiones á toda costa, y cada uno queriendo hacer lo mismo, se querria erigir en un tirano de los demás, y de este tumultuoso desorden se seguiria sin falta la ruina de sus individuos. Hasta aqui vamos de acuerdo vd. y yo.

Tampoco me parece fuera de la razon que los amos y toda clase de superiores se manejen con alguna circunspeccion con sus súbditos. Esto está en el orden, pues si todos se trataran con una misma igualdad, éstos perderian el respeto á aquellos, á cuya pérdida seguiria la insubordinacion, á ésta el insulto, y á éste el trastorno general de los estados.

Mas no puedo coincidir con que esta cierta gravedad, ó seriedad pase en los superiores á ser ceño, orgullo y altivez. Estoy seguro que así co-

mo con lo primero se harán amables, con lo segundo se harán aborrecibles.

Es una preocupacion pensar que la gravedad se opone á la afabilidad, cuando ambas cosas cooperan á hacer amable y respetable al superior. Cosa ridicula seria que este se expusiera á que le faltaran al debido respeto los inferiores, haciéndose con ellos uno mismo; pero tambien es cosa abominable el tratar á un superior que á todas horas ve al súbdito erguido el cuello, rezongando escasísimas palabras, encapotando los ojos, y arugando las narices como perro dogo. Esto léjos de ser virtud es vicio: no es gravedad sino quiotería. Nadie compra mas baratos los corazones de los hombres que los superiores, y tanto menos les cuestan, cuanto mas elevado es el grado de superioridad. Una mirada apacible, una respuesta suave, un tratamiento cortés, cuesta poco y vale mucho para captarse una voluntad; pero por desgracia la afabilidad apenas se conoce entre los grandes. La usan, sí; mas la usan con los que han menester, no con los que los han menester á ellos.

Yo he viajado por algunas provincias de la Europa y en todas he observado este proceder no solo en los grandes superiores, sino en cualquier rico. . . ¿qué digo rico? un atrapalmejas, un empleado en una oficina, un mayordomo de casa grande, un cajerillo, un cualquiera que disfruta tal cual proteccion del amo ó gefe principal, ya se maneja con el que lo va á ocupar por fuerza, con mas orgullo y grosería que acaso el mismo en cuyo favor apoya su soberbia. ¡Infelices! no sa-

ben que aquellos que sufren sus desaires son los primeros que abominan su inurbana conducta maldicen sus *altísimas* personas en los cafés, calles y tertulias, sin descuidarse en indagar sus cunas y los modos acaso vergonzosos con que lograron entronizarse.

Me he alargado, señores; mas vdes. bien reflexionarán que yo sé conciliar la gravedad conveniente á un amo, ó sea el superior que fuere, con la afabilidad y el trato humano debido á todos los hombres; y vd. español advertirá que unas son las leyes de la sociedad, y otras las preocupaciones de la soberbia; que por lo que toca al *doble derecho* que vd. dijo que tienen los amos de los negros para mandarlos, no digo nada, porque creo que lo dijo por mero pasatiempo; pues no puede ignorar que no hay derecho divino ni humano que califique de justo el comerciar con la sangre de los hombres.

Diciendo esto, se levantó nuestro negro y sin exigir respuesta á lo que no la tenia, brindó con nosotros por última vez, y abrazándonos y ofreciéndonos todos reciprocamente nuestras personas y amistad, nos retiramos á nuestras casas.

Algunos dias despues tuve la satisfaccion de verme á rator con mis dos amigos el oficial y el negro, llevándolos a casa del coronel, quien les hacia mucho agasajo; pero me duró poco esta satisfaccion, porque al mes del suceso referido se hicieron á la vela para Londres.